

denación de la conquista en que hasta entonces habíanse resumido los llamados «derechos de la victoria». La conquista nada fundaría contra la voluntad del conquistado. Y puesto que el derecho internacional había consistido hasta entonces en una serie de sanciones de fuerza, cuyo instrumento normal era la diplomacia militarista que llevaba la «última ratio» en la punta del simbólico espadín, creímos que con aquello otro los Estados Unidos inauguraban sobre la tierra «una nueva civilización» («La torre de Casandra», página 8).

Conforme al estrecho nacionalismo alardeado por los senadores de las reservas, trataríase de una «potencia» más como las de antes: una de aquellas que median su derecho por el alcance de sus armas, a semejanza de cualquier salteador. Pero, procediendo así, los Estados Unidos no defraudarían impunemente al mundo que en ellos tiene puestas sus esperanzas. La animadversión correspondería al desengaño. El noble país cargaría con las odiosas sospechas del caído imperio alemán.

Se dirá que tiene fuerzas de sobra para proceder como se le antoje y hacerse respetar en consecuencia. Sin duda; pero de eso le vino a Alemania el desastre, y la nueva organización del mundo que va constituyendo visiblemente un estado de armonía, contrario por sí mismo a todo aislamiento y a todo exceso de fuerza, convertirá en mortíferas estas dos condiciones por su anacronismo y su inadecuación. No basta ser el primero del mundo. Hay que ser más fuerte que todo el mundo. Pero sólo el despotismo, que es una forma de enajenación mental, intenta realizar este absurdo clásico, diremos así, de la parte mayor que es todo, y se suicida con él, según acabamos de verlo una vez más en la historia de los hombres.

Ese aislamiento, se dice, es la política de Washington. ¡Pobre recurso de un patriotismo paupérrimo! La imitación de los grandes hombres no consiste en repetir su política, o sea su acomodo ocasional a las condiciones de su tiempo, sino en practicar la justicia a que ajustaron su conducta. Esta práctica consiste en una sucesión de modos diversos, y que deben serlo conformes con la evolución de la cultura y de las ideas. Si desatendiendo este proceso se obstinara en un solo modo, llegaría a la injusticia por falta de inteligencia. En tiempo de Washington, Europa era el mundo del absolutismo y de las coaliciones despóticas fundadas en la fuerza. Los Estados Unidos carecían de lo necesario para intervenir en aquel concierto como potencia de primer orden, de suerte que su papel subalterno habría

tenido por único resultado pervertir su democracia. Nada más acertado, pues, que la política de Washington. Pero ya en tiempo de Monroe, bajo la misma fórmula con que éste ratificó dicha política, tornándola de mera abstención nacional en activo procedimiento continental, la inteligencia con Inglaterra, a cuyo espíritu democrático repugnaba el absolutismo de la Santa Alianza, reveló un vínculo de simpatía entre las democracias del mundo entero. Así empezó a definirse el verdadero concepto de la recomendación washingtoniana.

Los principios de Wilson, la liga de las naciones que será su instrumento, coronan la evolución iniciada en 1823. Los Estados Unidos triunfan democratizando al mundo, que es decir haciéndolo como ellos, conformándolo a su norma de justicia y de libertad. Y fuera difícil concebir mejor victoria.

Parece, pues, que lo impolítico sea estorbarla, prefiriendo el nacionalismo imperialista o el aislamiento, perfectamente quimérico por lo demás, dadas la grandeza y la actividad de los Estados Unidos. La prosperidad vital de todo organismo inteligente alcanza la perfección, cuando en aquél se armoniza el estado de conformidad espiritual que se define por su noción de justicia con la conveniencia que asegura materialmente su bienestar. Y eso lo resume para los Estados Unidos su concordia con el mundo.

El verdadero espíritu despótico que anima también a las instituciones representativas de carácter político, révelalo con claridad esa actitud de los cincuenta senadores que contrarían y defraudan la voluntad de pueblos enteros, inclusive, quizá, la del propio, al impulso de móviles tan elevados como se quiera, pero no exentos de ojeriza partidaria. ¡Cincuenta políticos pueden, así, retardar o comprometer en nuevos conflictos mortales la suerte de la civilización humana! El despotismo de esos republicanos, por ahí se anda con el del kaiser en la obra de maldición.

Mas la semejanza funesta no para aquí.

El mundo que irresistiblemente se constituye sobre los principios wilsonianos cuya clarividencia consiste en el acierto con que formulan el inevitable porvenir, lo hará con tanta deficiencia como se quiera, pero lo hará sin los Estados Unidos. La actitud de estas repúblicas hermanas comportará para esa política, si triunfara por desventura, el primer desengaño. «Tenemos por absurda, dije en aquel primer ya citado artículo de la «Revue Sud-Americaine», toda liga anti-europea, en la cual no entraríamos jamás, porque de Europa proceden nuestra cultura, nuestros capitales, y en gran

parte, nuestra mejor población». Ahora bien: esto se ha tornado irrevocable, pues formamos parte ya de la liga de las naciones. Tendríamos que optar entre el panamericanismo sin la liga, o la liga sin aquél. No quepa duda: haríamos esto último. Entonces, tarde o temprano, los Estados Unidos deberán pedir el ingreso a la misma sociedad que desdeñaron después de fundarla. El mundo les ganará así su primera batalla si llegan a aislarse de él.

Por esto hay que insistir en la comunicación con el pueblo de los Estados Unidos, no con sus políticos ignorantes y soberbios; volvernos decididamente wilsonianos, como lo dije más de una vez llevar allá nuestra opinión que no puede ser tachada de extranjera. La diplomacia latino-americana ha andado lerda como siempre. Ha sido más extranjera que americana cuando debió ser lo contrario. Pues en el peor de los casos, nosotros seremos siempre americanos en los Estados Unidos. Podemos ser más: podemos ser partidarios de Wilson. Debemos serlo. Así verán los políticos la grandeza americana que intentan disminuir en él, y el patriotismo que les supongo iluminará sus obstinadas cabezas. Qué ¿no quieren que haya otro Washington en los Estados Unidos? Pues sepan que es vana su intención. Ya lo tienen.

A nuestra vez, necesitamos más que nunca de los Estados Unidos. Su influencia moral, su buen ejemplo, que tan eficaces fueron durante la organización constitucional de la América Latina, requiérelos otra vez el estado en que ella se encuentra. Pues la verdad es que las cosas van poniéndose malas por acá, y seguramente para pasar a peores. El reciente fusilamiento del general Angeles, en México, reabre una época bárbara cuya duración nadie puede medir. Prisionero de guerra, revolucionario, es decir, autor del mismo delito que diera al Presidente Carranza su posición, gloria mexicana en la más alta esfera de la sabiduría militar, su ejecución resulta un acto sistemático de barbarie. Si el motivo más trivial favorece el indulto de cualquier asesino con humanitaria largueza, nunca excesiva ante lo irreparable de la muerte, cuánto no lo merecería el brillantísimo oficial. Ahora bien, lo siniestro es que lo mataron por eso mismo: para extinguir la luz que echaba. ¡Sangrienta cepa del caudillaje americano, que por todas partes ha de dar los mismos frutos!

El Perú acaba de presenciar una insurrección que celebra su triunfo incendiando los dos primeros diarios de Lima, y que lo consuma deportando cruelmente a los mandatarios caídos: